

sus fervorosos deseos, se hincó de rodillas, y levantando los ojos y las manos al cielo, rindió mil gracias al Señor por la merced que le hacia de que terminase sus trabajos apostólicos con la corona del martirio. Volviéndose despues á sus amados compañeros, los exhortó á dar generosamente su sangre por la fe de Jesucristo, representándolos lo mucho que iban á ganar en trocar una vida breve, llena de miserias y de tribulaciones, por la eterna y feliz de la bienaventuranza. No le dejaron los bárbaros pasar mas adelante, y arrojándose sobre él, le quitaron la vida á cuchilladas juntamente con el obispo Eoban, con los tres presbíteros, los tres diáconos, los cuatro monges, y mas de cuarenta personas de los fieles que estaban ya dentro de la tienda. Así consiguió S. Bonifacio, apóstol de Alemania; la corona del martirio con otros cincuenta y dos compañeros, participantes de la misma dicha, el día 5 de junio del año 754 ó 55, á los setenta y cinco de su edad, treinta y seis de su obispado, y á los cuarenta de su entrada en Alemania. Su santo cuerpo fué conducido á Utrech, de allí dentro de poco tiempo fué trasladado á Maguncia, y en fin á Fulda por S. Lulo, obispo, como lo habia deseado el mismo Santo. Con él fueron tambien traídos los libros que tenia consigo, y los gentiles, despues de muerto, los habian arrojado por aquellos campos, conservándose todavia tres de ellos el día de hoy; uno contiene los cánones del nuevo Testamento; otro, que aun se ve teñido con la sangre del santo mártir, es la carta de S. Leon á Teodoro, obispo de Frejus, con algunas otras obras de los santos Padres. Y el tercero, que se cree ser de la mano del mismo S. Bonifacio, es un libro de los Evangelios. Las cartas de S. Bonifacio, así á los papas, como á los príncipes, que recogió y publicó el padre Serario, muestran su gran talento y su fervoroso zelo por la salvacion de las almas y reforma de las costumbres, no menos que su profunda humildad y la delicadeza de su purísima conciencia.

#### SAN FERNANDO, INFANTE DE PORTUGAL.

Uno de aquellos héroes del cristianismo, digno de los mas altos elogios por su prodigiosa vida, fué S. Fernando, quinto hijo de Juan, primero de este nombre, y décimo entre los reyes de Portugal, y de Felipa, hermana de Enrique V de Inglaterra. Quería el Señor manifestar al mundo uno de los maravillosos prodigios de su divina gracia en Fernando, y así dispuso, que hasta su nacimiento fuese portentoso. Sobrevinieron á su madre estando cercana al parto unas calenturas tan ardientes, que de-

esperando los facultativos de poderla salvar juntamente con lo que tenia en el vientre, resolvieron acelerar aquel con peligro del infante. Resistióse la piadosa reina á semejante determinacion, y no queriendo preferir su vida corporal á la espiritual de la criatura, puso toda su confianza en la santa parte del sacrosanto leño en que murió nuestro Redentor, que se tenia en grande veneracion en la iglesia de Marmelot, perteneciente á los caballeros de S. Juan de Jerusalem; y con efecto al contacto de la santa reliquia dió á luz con toda felicidad al ilustre niño en el día 29 de setiembre del año 1411.

Salió el infante al mundo tan débil y tan macilento, que fué preciso administrarle el bautismo por necesidad, creyendo todos que iba á espirar de momento en momento; de que provino el que en los primeros veinte y seis años de su vida padeciese continuas enfermedades con dolores intensísimos; mas no por eso dejó de ejercitarse en todas las virtudes, y de instruirse en las ciencias, especialmente en las sagradas, para haber un perfecto conocimiento de las verdades eternas, el que tuvo mas infuso que adquirido por el conducto de la oracion, practicando desde la edad de catorce años la vida que pudiera el eclesiástico mas ejemplar. Todos los días rezaba las horas canónicas en su capilla, la cual tenia ricamente adornada y surtida de todo lo necesario, con ministros continuos y con cantores escelentes, para que en ella se celebrasen los oficios divinos con toda magnificencia; pero no satisfecha su piedad con estos ejercicios dentro de palacio, asistia á todas las procesiones públicas, al viático cuando se llevaba á los enfermos, á las funciones eclesiásticas, y con especialidad á las de semana santa y de resurreccion, observando puntualmente todas las sagradas ceremonias. Además de esto invertia todos sus bienes en socorro de los pobres de Jesucristo, á quienes consolaba con palabras dulces, en caso de faltarle dinero, prometiéndoles subvenir á sus necesidades cuando lo tuviese; y esmerándose con los cautivos, se interesaba en su rescate por todos los medios que le dictaba su caridad sin limites. Amaba á la castidad con un afecto tan particular, que jamás se le oyó espresion menos decente, ni permitió que otros la dicesen á su presencia; por cuya razon aborrecia en extremo á los lascivos, y separaba de sí todo cuanto podia provocar á la torpeza, estimando respecto de ella leves á los demás vicios. Sobre todas estas apreciables cualidades, añadia el infante al rigor de asombrosas penitencias, un ayuno casi continuo, haciéndolo á pan y agua en todos los sábados y en todas las vigalias de las festividades de la Santísima Virgen; y condecorado con todas las

virtudes, era Fernando el objeto de la admiracion de toda la corte.

Murió el rey D. Juan de Portugal, y no quedándole al infante otra herencia para mantenerse que el pueblo de Salvatierra, le instó su hermano Eduardo, sucesor en la corona, que admitiese el empleo de gran-maestre de *Abisio*, semejante al del orden de Calatrava en España, el cual se hallaba vacante por fallecimiento de D. Fernando Rodriguez. Rehusólo Fernando por no querer gravar su conciencia con las rentas eclesiásticas; pero al fin le vencieron las súplicas de su hermano, haciéndole presente, que podía invertir las en los piadosos destinos de semejantes establecimientos. Vino á Portugal por aquel tiempo en clase de legado apostólico Fr. Gomez, abad florentino, á traer al infante la insignia de cardenal, á nombre del papa Eugenio III; pero no fué posible reducirlo á que admitiese tan suprema dignidad, confesándose indigno de ser principe de la Iglesia.

Determinó el rey Eduardo hacer una expedicion contra los moros del Africa, y nombró por generales de su ejército á sus dos hermanos Enrique y Fernando. Sobrevino á éste al tiempo de partir de Lisboa una apostema maligna, acompañada de una ardiente calentura; pero disimulando la indisposicion, porque no se ofreciese con este motivo algun impedimento que retardase la empresa, montó en la nave con una grandeza extraordinaria de ánimo, supliendo éste las fuerzas que le faltaban en el cuerpo. Hicieronse á la vela los dos infantes con siete mil combatientes en el dia 22 de agosto del año 1437, y desembarcaron en Ceuta con toda felicidad; pero habiéndose aumentado los agudos dolores de la apostema de Fernando con la agitacion del viaje, se vió precisado á postrarse en cama con manifiesto peligro de su vida.

Salió Enrique de Ceuta en el 9 de setiembre con cinco mil soldados, dejando dos mil para la custodia de la plaza; y entrando Fernando en las galeras, mejorado alguna cosa, llegaron ambos por mar y por tierra á Tanger. Hallábase el Santo cuando desembarcó con tan agudos dolores, que apenas podía mantenerse sobre el caballo; pero á pesar de aquella indisposicion, capaz de rendir á otro ánimo menos valiente que el suyo, corrió por todo el ejército animando á los cristianos á que peleasen valerosamente contra los enemigos de la fe. Acometieron con efecto á los moros, y sin embargo que el número de éstos era tan excesivo, salieron los portugueses victoriosos en el primer combate, en el que se apoderaron de muchos despojos, que de-

jaron los africanos en el campo. Dióles el triunfo mayor ánimo, y volviendo á continuar la guerra, se hallaron con la novedad que venia contra ellos el rey de Fez y su general Lazaraqio con seiscientos mil combatientes, que juntaron de toda la Mauritania. Viendo los portugueses esta desigualdad, retrocedieron á sus campamentos, dispuestos á resistir el impetu de tanta multitud de enemigos, y habiendo sostenido el ataque por espacio de seis horas, los rechazaron valerosamente, distinguiéndose sobre todos Fernando no obstante la debilidad de fuerzas.

Continuaron los moros sus ataques, y viéndose ya los portugueses reducidos al corto número de tres mil soldados, imposibilitados á resistir por mas tiempo á tanta multitud de enemigos, enviaron sus embajadores á los moros, prometiéndoles á Ceuta, con la condicion de permitirles volver á sus galeras sin que les causasen molestia alguna; pero creyendo los bárbaros conseguir una completa victoria, prendieron á los emisarios, y volvieron con mayor coraje á continuar la guerra. Defendiéronse animosamente los cristianos, infundiéndoles el Señor fortaleza para que no triunfasen los enemigos, y viendo los africanos frustradas sus intenciones, convinieron con la proposicion de los portugueses, fiados en que á su retirada á las galeras los derrotarian enteramente. Pidieron en rehenes á uno de los infantes hasta la entrega de Ceuta, y ofrecieron ellos de su parte dar á los cristianos para la seguridad que apetecian al hijo primogénito de Zalambezala, señor de Melilla y Tanger.

No dudaba Fernando los innumerables trabajos á que se esponia entre una gente infiel y bárbara por naturaleza; mas como siempre estaba dispuesto á sacrificar la vida por los suyos, se entregó voluntariamente en el dia 16 de octubre del año 1437 con algunos principales portugueses, su médico, y su confesor fray Gil Gonzalez, que le acompañaron. Era ya oscurecido cuando llegó á Tanger la ilustre comitiva, y como los moros no habian cumplido su oferta, se mantuvo el infante á la puerta de la ciudad sin querer entrar en ella, hasta que entregasen á los cristianos al primogénito de Zalambezala, al que recibió D. Rodrigo Gomez de Silva. Partió éste á embarcarse con los demás portugueses; pero faltando los moros á su palabra, los acometieron de improviso, y dieron muerte á cincuenta ó á sesenta soldados contra la seguridad prometida. Dispuso Zalambezala trasportar al infante á Melilla, con firme resolucion de retenerlo allí hasta que se concluyese el negocio de su rescate; y habiéndose mantenido Fernando en aquella fortaleza por espacio de siete meses, padeció gravísimas enfermedades acompañadas de intensísimos

dolores; pero no por eso dejó de rezar todos los dias las horas canónicas y demás devociones que tenia de costumbre, y de ocuparse en obras de caridad para con los pobres cautivos, á los cuales suministraba todo lo necesario.

Instaba Zalambezala al infante para que escribiese á su hermano Eduardo, rey de Portugal, sobre la entrega de Ceuta, todo con el fin de recuperar á su hijo dado en rehenes; pero como los africanos habian faltado á la condicion estipulada de no ofender á los cristianos al regreso de las galeras. se resistian los portugueses á entregar la plaza, aunque trataban eficazmente de la libertad de Fernando á costa de cuantas sumas quisiesen los árabes. Viendo Zalambezala que le retardaba la entrega, y que se tomaban otros medios sobre el rescate del infante, resolvió enviarlo al rey de Fez como soberano de toda la Mauritania; y considerando Fernando que aquel bárbaro era el mas cruel del mundo, instó á sus hermanos para que no dilatasen valerse de todos cuantos medios fuesen posibles para salvarlo.

Envió con efecto Zalambezala al infante con su comitiva á Fez, y en el dilatado camino de treinta leguas que dista Melilla de aquella ciudad, padeció inmensos trabajos é innumerables desprecios de los africanos. Pusieronlos en unas casas fortísimas donde se labraban varias obras reales, y hallándose en aquella fábrica dos cautivos portugueses, les manifestaron la oscura mazmorra y las pesadas cadenas que les tenian preparados los moros; añadiéndoles que habian oido decir, que estaba determinado cortar á cada uno una mano y un pié, cuya infausta nueva fué la primera que tuvieron los desgraciados huéspedes. Dilataron los moros aprisionarlos hasta que pasase la Pascua que estaba próxima, y concluida esta festividad, en la que satisfacen los bárbaros sus brutales apetitos, encerraron al infante en un lóbrego calabozo, cargando sobre su delicado cuerpo una disforme cadena; y fiando su custodia á un bárbaro llamado Lazaraquio, el mas inhumano de todos los mortales, ejecutó con Fernando indecibles crueldades por espacio de cinco meses. Pasados estos sin tener efecto los mas eficaces medios que se tomaron sobre su rescate, hizo Lazaraquio desnudar al infante de todos sus vestidos, y sacándolè con los suyos de la prision amarrados á una cadena, les obligaba á cavar en los huertos del rey desde por la mañana hasta el oscurecer. Sufrió Fernando por mucho tiempo aquellos trabajos con tanta paciencia y con tal serenidad, que sirvió de admiracion hasta á los mismos infieles; pero agregándose á esta pena la infausta noticia de la muerte de su hermano Eduardo, fué tan vehemente el sentimiento que concibió su afligido co-

razon, que tuvo necesidad de toda su virtud para resignarse.

Sucedió á Eduardo en el reino de Portugal su hermano Pedro, quien no menos solícito que el difunto en procurar la libertad de Fernando, tuvo el desconsuelo de ver frustradas todas sus diligencias; las cuales no produjeron otro efecto que el de aumentar los trabajos, las injurias, las burlas, y los desprecios del infante, que en el conjunto de tantas penas no tenia otro consuelo, que el que le suministraban sus compañeros en la dura prision á que les redujo Lazaraquio; sin permitirles que saliesen de ella ni aun para las precisas necesidades. Pero no satisfecho aquel bárbaro con tan inhumanos tratamientos, mandó poner á Fernando separado de los suyos en una oscura mazmorra sumamente estrecha sin ventana alguna, ni lumbre, donde se vió precisado á tener encendida una lamparilla por el dia y por la noche, leyendo á la luz artificial en cierto libro en que estaban escritas muchas piadosas meditaciones; y orando de continuo con ambas rodillas puestas en tierra, derramaba tanta abundancia de lágrimas que le hicieron en el rostro una canal por donde corrian. En este abandono discurrieron los suyos para hablar á Fernando, el arbitrio de abrir un agujero en la pared que mediaba entre el calabozo y el palacio arruinado, donde trabajaban por órden de Lazaraquio, en el cual ponian un ladrillo para que no se conociese. Esta comunicacion, que era la única que dilatava el corazon del infante, era el conducto por donde con frecuencia decia á sus amados compañeros: *Perdonadme por amor de Dios, puesto que por mi causa padeceis tantas molestias. Sabed, amigos, que os tengo en lugar de hijos, y que mi mayor gusto seria acompañaros en los trabajos sin alguna distincion, lo que preferiria al reino de Portugal: testigo es Dios que no miento. Solo por tres cosas quisiera vivir: la primera, para premiaros como mereceis: la segunda, para animar á los cristianos á destruir estas bárbaras regiones, no por venganza de lo que padezco, pues cuanto hacen conmigo los moros lo recibo como ministros de mi salvacion: y la tercera, para persuadir á mis hermanos á que librasen á los pobres cautivos, lo que yo haria mejor que otro alguno, habiendo sido testigo de las miserias que padecen.*

Quiso en fin Dios premiar los trabajos de su fidelísimo siervo, y despues de seis años del mas duro cautiverio, comenzó á padecer en el dia 1.º de junio del año 1443 una desenfrenada diarrea, que le puso en un sumo desfallecimiento. Dieron los guardas noticia de la novedad á Lazaraquio, y desentendiéndose el bárbaro de suministrarle los remedios necesarios, solo permitió que entrase al calabozo el confesor del infante, que solo tenia facultad para ha-

cerlo una vez á la semana, ó de quince á quince dias. Dijo le á este Fernando (con la prevencion de que no lo revelase) lo siguiente: *Dos horas antes de amanecer estando considerando las miserias de esta vida y la felicidad de la eterna, comencé á sentir en mi corazon un gran consuelo y un deseo ardoroso de salir de este mundo Fijé los ojos en la pared, y vi á una Señora sentada en un alto trono entre celestiales resplandores; conocí al instante que era la Virgen Santisima, y postrándome de rodillas, como pude, á su presencia, oi á uno de los de la comitiva, que por las señas era S. Miguel, que la decia: Yo os ruego, Señora, que os compadezcáis de este vuestro siervo: ved quanto tiempo hace que padece, y que pide á vuestro querido Hijo que ponga término á sus miserias; por el intercedo, pues es mi especial devoto. Despues hizo las mismas súplicas otro que sin duda fué S. Juan Bautista, y en seguida vi á la Señora, que me miraba con benignos ojos, con lo que desapareció inmediatamente.* Concluido este relato, hizo confesion general bañado en tierno llanto, y habiéndole aplicado el confesor la indulgencia plenaria concedida para el artículo de la muerte, se volvió al lado opuesto, y murió tranquilamente en el dia 5 de junio del año 1443, á los cuarenta y uno de su edad.

Supo Lazaraquio la muerte del infante, y aunque no hizo aprecio alguno de la noticia, con todo quiso Dios que su infame lengua fuese panegirista de los elogios del difunto, diciendo á presencia de todos: *Si entre los perros cristianos hay algo de bueno, sin duda lo tuvo este que acaba de morir, el que si fuese moro, merecia tenerse por Santo. Sé que jamás mintió, ni de su boca se le oyeron nunca palabras de falsedad: quantas veces envié exploradores para que viesen lo que hacia, siempre le encontraron en oracion, y ciertamente los de su nacion cometieron un grande pecado en dejarlo morir así; pero á pesar de esta confesion continuó sus crueldades con el venerable cadáver. Mandó á unos cautivos cristianos que le arrancasen los intestinos y las entrañas, y no satisfecho con una accion tan enorme, hizo que colgasen el venerable cuerpo por los pies en el muro de la ciudad, para que fuese el objeto de la burla y del desprecio de los africanos. Allí se mantuvo algun tiempo, hasta que cansados los bárbaros de insultar al ilustre mártir, dieron permiso á los cautivos para que lo depositasen en la misma muralla dentro de una caja de madera.*

No tardó el cielo en vengar las injusticias hechas al siervo de Dios por el impio Lazaraquio, pues queriendo éste apoderarse de un pueblo llamado Graceloy, perteneciente á un moro prin-

cipal, fué muerto alevosamente. Tambien quiso Dios manifestar la gloria del insigne mártir con repetidos milagros, por cuya razon se tuvo en grande veneracion hasta de los mismos infieles; pero como no era justo que estuviesen las venerables reliquias en poder de los bárbaros, dispuso el Señor que se hiciese su traslacion á Portugal por medios estraordinarios, para que brillase en el acto su adorable providencia. Tenia el rey de Fez un sobrino de recomendables prendas, y temiendo que por ser tan amado de los moros, pudieran éstos elevarlo al imperio de Mauritania, comenzó á tratarlo severamente. Quiso el jóven vengarse de las injurias que le causaba su tio, no dándole causa para ello; y creyendo que el mayor sentimiento que podia originarle era robar el cuerpo de S. Fernando, se valió de dos cautivos cristianos, para que hiciesen el piadoso robo en una noche tenebrosa. Ejecutaronlo así, y trasfiriéndolo á Melilla, que ya estaba en poder de los cristianos, fué recibido por estos con las demostraciones de la mayor alegría. De allí lo condujo á Portugal el mismo sobrino del rey de Fez con los dos cautivos que intervinieron en una accion tan laudable; y habiendo llegado con toda felicidad al puerto de Lisboa, salió el rey con toda la nobleza á recibir el precioso tesoro, llevándolo en solemne procesion por todas las calles y plazas de la ciudad, que se adornaron ricamente, hasta la iglesia catedral. Hicieronse fiestas y regocijos públicos por la recuperacion de las santas reliquias del siervo de Dios; y concluidas estas, se trasladaron con majestuoso acompañamiento al monasterio de nuestra Señora de la Victoria de religiosos Dominicos, distante cuatro leguas de Lisboa; en el que el rey D. Juan I de Portugal hizo labrar una magnífica capilla con una suntuosa bóveda, para que en ella se enterasen los reyes, los principes y los infantes de su real familia. Depositóse con efecto el venerable cadáver de S. Fernando en la real capilla, dondê ya estaban sus intestinos y sus entrañas, traídas anteriormente por D. Juan Alvarez y D. Juan Ruiz, que estuvieron cautivos con el mismo infante, y es tenido en grande veneracion, y se tributa el culto como á ilustre mártir, dignándose el Señor obrar muchos prodigios por la intercesion de su siervo.

#### SAN SANCHO, MÁRTIR.

Dos dias despues que padeció el monge S. Isaac, un ilustre mancebo llamado Sancho, discipulo de S. Eulogio, dió la vida gloriosamente por la misma causa. Era natural de Albi ó

de Albs, pueblo de la primera Aquitania, de aquella parte de Francia que llamaron los romanos Galia Comata, ó del Cabello largo, por el uso de traerlo así sus moradores. Hicieron los africanos, dueños de casi toda España, una de sus acostumbradas correrías por aquella region; y entre los muchos cautivos que llevaron á Córdoba fué uno Sancho, profesor de la religion de Jesucristo. Consiguió éste dentro de poco tiempo su libertad, y fué admitido en el palacio del rey entre otros ilustres jóvenes, que se habilitaban al mismo tiempo que servian al soberano en el ejercicio militar, para estar diestros en el uso de las armas en los casos de urgente necesidad; cuyo género de soldados se llamaban donceles, los que se mantenian del erario público.

La dichosa suerte que cupo á Sancho no alteró en lo mas mínimo sus piadosos sentimientos; porque como juntaba á la gravedad de sus costumbres madurez de juicio y solidez de entendimiento, descubrió sin dificultad los lazos que iba armando el mundo á su inocencia. Hicieron poca impresion en su corazon los atractivos de una brillante fortuna, y pusieron inútilmente á su virtud en la mayor prueba todas aquellas prosperidades terrenas, que pudieran tentar á otro espíritu menos desengañado que el suyo, pues no aspiraba á los honoríficos empleos que solicitan con ansia los cortesanos, ni á las grandes apariencias de prosperidad de que tanto se paga el siglo. Estos dictámenes, tan conformes á la religion que profesaba, hicieron que no se manchase con los vicios regulares en palacio; y aunque en él se cometian toda clase de escesos, con todo la vanidad, la lisonja, ni la ambicion no hallaron entrada en el pecho de Sancho, ni menos la liviandad, tan autorizada entre los que servian á un bárbaro, con quien tenian mas privanza los mas obscenos.

Entregóse á la enseñanza de S. Eulogio, del que se hacia sensible el suave olor de sus eminentes virtudes en todas sus palabras, y en todas sus acciones, é instruido por tan célebre maestro en todas las verdades esenciales de nuestra santa religion, y en el heroismo con que se acreditan, deseaba Sancho con vivas ansias, que se le presentase ocasion oportuna de dar al mundo pruebas públicas de la firmeza de su fe, abonada con la pureza de sus costumbres. No nos dice S. Eulogio el motivo que obligó al ilustre joven para hacer la pública confesion de la religion que profesaba; pero es lo cierto que la ejecutó renunciando con admirable desinterés el sueldo y gajes reales.

Delataron los moros á sus jueces á Sancho porque maldecia de Mahoma; y sintiendo estos el atrevimiento del valeroso joven,

en desprecio de su profeta, le reconvinieron con las muchas obligaciones que tenia para con el rey, dándole en rostro con la nota, de ser aquellos ingratos procedimientos los que le inspiraba su ley. Hirió á Sancho la reconvencion; no por la parte que afeaba el hecho de darse á conocer por cristiano, sino por las ofensas que hacian los árabes de la religion de Jesucristo, creyendo que enseñaba á sus profesores á ser ingratos; y queriendo defenderla de esta sospecha, les dijo: Mi ley es tan justificada que enseña á obedecer á los principes del mundo aunque sean infieles en lo que es justo, como que toda potestad bien ordenada proviene de Dios: si me redarguyerais de esta inobediencia yo mismo culparia mi procedimiento; pero estoy satisfecho que no he faltado en lo mas mínimo en esta parte. Las mercedes y los favores que el rey me ha dispensado las he remunerado, sirviéndole con lealtad como buen criado y como fiel vasallo; pero si os parece que el no obedecerle en punto de religion es ingratitud, sabed que en orden á esto debo mayor respeto á Dios que á vuestro soberano; pues sus preceptos están muy ajenos de la justicia, y aun de lo que dicta la luz de la razon. Profesad vosotros la secta de vuestro profeta, indigno de este nombre por sus execrables vicios y enormísimos errores, que yo creo en el verdadero Dios; cuya santa ley confieso sin estimar en composicion de ella la libertad, la gracia del rey, sus premios, ni mi propia vida. En este supuesto haced lo que os parezca, porque no habrá felicidad, ni desgracia que baste, para entibiar el firme propósito que tengo de sostener la verdad á costa de mi sangre.

En vista de esta confesion determinaron los magistrados privar á Sancho del sueldo y de los gajes reales, creyendo, que reducirian por necesidad al que no pudieron con las mal compaginadas reconvenciones; pero el ilustre joven despreció con admirable desinterés una pena tan tenue, estimándola como anticipadas arras del martirio que esperaba. No se tardó mucho tiempo en lograr esta dicha; pues viendo los magistrados el ningun efecto que habia producido su providencia, persuadiéndose que cuantas tomáran aunque fuesen del mayor rigor serian inútiles para rendir á un hombre de aquel carácter, le sentenciaron á muerte. Sacáronle los ministros de la audiencia para el lugar del suplicio, y en cumplimiento de la injusta determinacion lo degollaron en el dia 5 de junio del año de 851. No satisfechos los bárbaros con aquel castigo, pusieron el venerable cadáver de Sancho en un palo á la vista de la ciudad, junto al de S. Isaac, los cuales juntamente con los de S. Pedro, Walabon-

so, Sabiniano, Wistremundo, Abencio y Jeremías; que fueron dos dias despues sacrificados al furor de los mahometanos, ya medio podridos los quemaron el dia 11 de junio y echaron sus cenizas en el rio Guadalquivir; lo que hicieron con la perversa intencion de que los cristianos no les tributasen la veneracion que acostumbraban á las reliquias de los mártires. El año de 1613 el Dr. Jerónimo Gonzalez, canónigo penitenciario de Jaen, dotó una solemne fiesta á S. Sancho, que se celebra anualmente en aquella iglesia.

*La misa es del Comun de mártir y pontifice, y la oracion la siguiente:*

O Dios, que cada año nos alegras con la festividad de tu bienaventurado mártir y pontífice Bonifacio; concédenos que tambien nos regocijemos con la proteccion de aquel, cuyo nacimiento al cielo celebramos. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

*La Epistola es del cap. 1 de la segunda del apóstol S. Pablo á los Corintios.*

Hermanos : Bendito sea el Dios y el Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias, y el Dios de todo consuelo, el cual nos consuela en toda nuestra tribulacion, para que podamos tambien nosotros consolar á los que están en cualquiera afliccion, por el mismo consuelo con que somos nosotros consolados por Dios. Porque así como abundan en nosotros las tribulaciones de Cristo, así tambien por Cristo es abundante nuestro consuelo. Pero ya seamos atribulados, es para vuestro consuelo y salud: ya seamos consolados, es para vuestro consuelo, ó ya seamos exhortados, es para vuestra instruccion y salud, la cual obra en la tolerancia de las mismas aflicciones que padecemos tambien nosotros: para que sea firme la confianza que tenemos de vosotros: sabiendo que así como habeis sido participantes de las aflicciones, lo seréis tambien de la consolacion en Cristo Jesus nuestro Señor.

#### REFLEXIONES.

*Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, y Dios de toda consolacion, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones. Si en el servicio de Dios hay muchos trabajos, tambien hay muchos consuelos; estos se hallan aun en lo mismo*

que se padece; y cuando Dios nos consuela, perdió toda su amargura la tribulacion. Verdaderamente es digno de admiracion que muchos no acierten á concebir como puede hacerse esquisitamente dulce lo mas amargo y mas áspero que se encuentra en su servicio; al mismo tiempo que los esclavos del mundo encuentran no sé qué fantasma de gusto en sus mayores trabajos, aunque los que padecen por servirle sean incomparablemente mayores que los que se experimentan en el servicio de Dios. Sin duda es menester, ó un motivo muy poderoso, ó un atractivo muy fuerte para esponerse á los riesgos de una batalla, de una brecha, ó de un asalto; para padecer las incomodidades que son inevitables en un ejército; trabajos insufribles, marchas fatigosas, puntualidad escesiva, obediencia sin réplica, falta total de todo, rigores de la estacion, inquietudes, enfados, desazones, continuas obligaciones del oficio. No se padece tanto ni con mucho en el servicio de nuestro buen Dios. Con todo eso, aquellas personas delicadas á quienes un solo dia de ayuno que manda la santa Iglesia las asusta, el nombre solo de penitencia las espanta; esas mismas delicadissimas personas, esos hijos únicos de las casas hallan singular gusto en el ejército, y muchas veces sin esperanza de otra recompensa que la inútil memoria de haber padecido tanto; ¿y no se creerá que los verdaderos siervos de Dios gusten un verdadero, pero delicadissimo placer en el ejercicio mismo de la penitencia; aquellos á quienes el mismo Dios consuela en medio de las tribulaciones; aquellos á quienes fortalece y sostiene en sus mayores trabajos; aquellos que están seguros de que no se perderá ni uno solo de sus cabellos; aquellos, en fin, á quienes Dios tiene prometida una bienaventuranza sin fin, una recompensa eterna? De este fondo de consuelo nace en ellos aquella igualdad inalterable, aquella imperturbable tranquilidad, aquella interior alegría, que ningun humano sentimiento puede desazonar, y que absolutamente ignoran los mundanos. Recorre con el pensamiento todos los estados del mundo; ninguno hallarás que no sea una insufrible esclavitud para los que se hallan en él; y en medio de eso todavia se quiere persuadir, que solo es penoso el camino de la perfeccion, la vida ajustada, y el ejercicio de la virtud. ¡Insigne extravagancia! De donde es preciso concluir, que así como en el mundo solo se sustenta la imaginacion de quimeras, así el entendimiento no acierta á discurrir sino desbarros, fundados en sus disparatadas preocupaciones. Siendo esto así, no hay que admirar que reinen en él el desórden y el error.

*El Evangelio es del cap. 14 de S. Lucas.*

En aquel tiempo dijo Jesus á las turbas: Si alguno viene á mi, y no aborrece á su padre, á su madre, á su mujer, sus hijos, sus hermanos y sus hermanas, y aun á su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz, y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no computa antes despacio los gastos que son necesarios para ver si tiene con que acabarla, á fin de que, despues de hechos los cimientos, y no pudiendo concluirla, no digan todos los que la vieren: Este hombre comenzó á edificar, y no pudo acabar? O ¿qué rey debiendo ir á campaña contra otro rey, no medita antes con sosiego si puede presentarse con diez mil hombres, al que viene contra él con veinte mil? De otra suerte, aun cuando está muy léjos, le envia embajadores con proposiciones de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.

## MEDITACION.

*De los motivos que tenemos para trabajar incesantemente en el negocio de nuestra salvacion.*

PUNTO PRIMERO.—Considera cuanto hizo Dios por nuestra salvacion. Podia parecer que su felicidad dependia de la nuestra, segun lo afanado, por decirlo así, y lo ocupado que se muestra en solicitarnos nuestra bienaventuranza. Admira las menudencias á que descende Jesucristo en todas las lecciones que nos da en su sagrado Evangelio, singularmente en el de este dia; penetra su sentido, y pondera bien todas las palabras.

Habiendo criado Dios al hombre libre, haciéndole dueño de su corazon; ¿qué no hizo, y qué no hace para que voluntariamente se le entregue? Se le pide, le solicita, le aprieta, sirviéndose ya de promesas, ya de amenazas; nada omite para ganárselo. ¿Pero á qué fin tanto empeño, tanto apuro? Es porque pende de nosotros solos el perdernos, y Dios desea apasionadamente nuestra salvacion.

¿Hemos comprendido bien alguna vez el misterio de nuestra redencion? ¿Somos capaces de comprenderle? Echa Dios el resto, digámoslo de esta manera, para hacernos conocer cuanto nos ama, cuanto desea nuestra eterna felicidad. ¿Hubiérase podido

jamás imaginar que Dios se hiciese hombre, solo por salvar á los hombres? Con todo eso obró Dios esta maravilla; y siendo tan grande; todavia le pareció poca para empeñarnos en amarle. Quiso que treinta y tres años de una vida llena de pobreza y de trabajos se terminasen con la muerte mas cruel. ¡Tanto vale nuestra alma; todos los trabajos, toda la sangre, la vida y la muerte de un hombre Dios! A mucho menor precio, es así, pudo comprarla; pero no quiso dar menos. Jesucristo cubierto de oprobios; Jesucristo despedazado á azotes; Jesucristo espirando en un madero; todo esto costó nuestra alma: ¿será poca cosa perderla?

No juzgó Dios que compraba muy cara nuestra salvacion, haciendo todo lo que hizo; ¿y nos parecerá á nosotros que hacemos demasiado por ella? ¿Pero quién podrá jamás hacer demasiado para salvarse? ¿Qué interés tiene Dios en que nos salvemos? Y con todo eso, ¿podiera hacer mas aunque tuviese el mayor? Y nosotros (qué te parece) ¿tendremos algun interés en salvarnos? ¿Pero podemos hacer menos?

En este mismo punto hay en el infierno millones de millones de almas rabiosas y desesperadas por no haber hecho lo que todavia puedo hacer yo; y yo mismo rabiare, y me desesperare con ellas si no lo hubiere hecho. ¿Qué otro motivo es menester para trabajar en esto incesantemente y sin intermision? Todos queremos levantar la gran fábrica de nuestra salvacion, sin echar la cuenta del coste que nos ha de tener. ¡Oh, qué imprudencia! ¿S. Bonifacio, y todos los demás Santos, no hicieron mas que lo que hacemos nosotros para salvarse? ¿Estarian hoy en el cielo si no hubiesen hecho mas? ¡Mi Dios! ¡qué materia esta para grandes reflexiones!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que todas las cosas nos son motivo para trabajar en nuestra salvacion; todas nos persuaden que debemos trabajar en ella incesantemente, sin descanso y sin levantar la mano de la labor. La multitud de los estorbos, la frecuencia de los peligros, la inconstancia de nuestro corazon, la ligereza de nuestro ánimo, la velocidad del tiempo, el corto número de nuestros dias, la brevedad de la vida; todo nos clama, todo nos predica que no tenemos negocio mas importante que el de la salvacion; que ninguno pide mas aplicacion ni mas zelo, y ninguno sufre menos dilacion.

Hemos dilatado hasta ahora el atender á este negocio; confesamos que nada ó casi nada hemos trabajado en él, no obstante los grandes motivos que hemos tenido para hacerlo, y en medio